

# DUELE LA NOCHE

Estrella Flores - Carretero

algaida



Primera edición: 2016

© Estrella Flores-Carretero, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-611-0

Depósito legal: SE. 645-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Juan Carlos Usó, sin él y su capacidad de investigación  
no sería posible esta novela.*

*A Merche Heras, el lucero del alba que llena de sonrisas  
todas mis mañanas.*

*A Coro del Rey, la estrella más intensa de cariño  
de todos los universos.*

*Al amor de mi vida...*



*«Carpe diem quam minimum credula postrero».*

HORACIO

«No hay nadie más afortunado que  
el hombre a quien la adversidad olvida,  
pues tiene la oportunidad de ponerse a prueba».

SÉNECA



**D**ICEN QUE NUNCA PODEMOS BORRAR DE LA MENTE los instantes previos al daño tatuado en la piel. Dicen que tenemos una capacidad infinita para pintar encima de lo que sí fue. Dicen que envolvemos en una habitación cerrada las heridas para no sufrir. Dicen que somos maestros en el arte de suavizar el dolor. Pero también dicen que, si somos amigos de nuestros miedos, nos hacemos invulnerables. Y eso es lo que hice, quería poder vivir mi mundo manejando un catálogo de equivocaciones. Quería vivir mi sueño punteado aún de tinieblas. Quería vivir con los ojos bien abiertos para no convertirme en la mujer de Lot. Quería dejar de sobrevivir en un mundo en el que la seguridad me ahogaba.

Y ahora estaba en esta ciudad, Barcelona, y mis ojos presenciaban asustados todas aquellas percepciones desconocidas. El olor se hacía insoportable, y mis oídos no entendían todos aquellos idiomas, no sabía si ruso, polaco, italiano, catalán... Había gente de todas las nacionalidades

y el principal paseo arbolado de la ciudad ofrecía la mejor muestra de aquel espectáculo multicultural tan nuevo para mí. Con el tiempo, me enteré de que había una guerra en Europa, y de que la neutralidad observada por el Gobierno español había transformado profundamente el paisaje urbano en apenas unas semanas. Los tipos y semblantes allí congregados ofrecían idéntica diversidad. Y me senté en el suelo de aquella rambla, asustada ante lo que podían percibir mis sentidos. El pecho me apretaba como si se tratara de una pesadilla en la que estás despierta.

Y recordé mi cumpleaños hacía meses, mis dieciséis. Sí, yo nací en 1898 y, ese mismo día, me enfrenté a un reclamo por mi condición de mujer, convertida en una tortura incapaz de olvidar ni un solo instante. Pertenecía a una de esas familias en las que mi padrastro pensaba que pasar por el trance del casamiento era mi deseo. Solo, y sin tenerme en cuenta, me prometió a un hombre al que detestaba. Pensaba que eso de la edad no importaba, y aquel futuro esposo era veinticinco años mayor que yo y, por supuesto, poseía una gran fortuna. Él no exigía mi dote como mujer para pedir mi mano, por lo que mi padrastro había aceptado que yo me casara con él. Apareció en nuestra casa una tarde de abril de 1914 con la intención de formalizar el trato que parecían haber previamente acordado. Mi madre había muerto de fiebres tifoideas antes de la marcha de mi hermano Juan al servicio militar. Aquel día hacía justo ocho meses de su muerte, y mi futuro marido desconocido se adentró en el comedor dando pasos diminutos como si se deslizara por la madera tintineando.

De nuevo mi mente volvió a la realidad de mis ojos mirando aquel lugar. En concreto, el tramo de la rambla del Centre parecía una Babel en permanente estado de ebullición. Observaba como si de una representación teatral se tratara aquel comercio floreciente, aquellos negocios imaginarios, una verdadera avalancha humana de desertores, prófugos, aventureros, espías, saboteadores, contrabandistas, proxenetas, matones, tahúres, corresponsales de prensa... Porque yo jamás pude imaginar aquel mundo en el que me encontraba inmersa. Y de nuevo aislé mi cabeza, recordando aquel pasado en que yo permanecía sentada mientras Emilia, la muchacha que trabajaba en casa, se adentraba en el salón con rosquillas, escarapelas y café. Mi padrastro se incorporaba para darle la bienvenida, invitando a acomodarse a aquel hombre que sería con el que compartiría toda mi vida. Levanté la vista, como si de un suspiro se tratara, y sentí un fuerte dolor que me mordía el pecho ante aquella insólita escena, y el imaginar que aquel hombre iba a yacer conmigo me producía náuseas. Recuerdo que volví de nuevo a mirar mis manos, sudorosas, casi sin fuerzas, y tragué saliva, ausente de lo que ellos conversaban. Recordé, en aquel instante, a mi hermano Juan, al que quería con toda mi alma. Ambos habíamos rogado a nuestro padrastro el pago de los duros que le permitieran librarlo del servicio militar. Pero él no lo consintió, y ahora, Juan estaba en la guerra de Marruecos, en las áridas colinas del Rif. Sí, en defensa de unos intereses que eran ajenos a nosotros. Desvié la vista y aparté mi pensamiento prestando de nuevo atención a lo que ocurría en aquel recibidor. Y ana-

licé a aquel hombre con bigote abundante, canoso, gordo, de piel sonrosada y una enorme barriga. Solo entonces sentí cómo mis lágrimas arrastraban todas las impurezas de mi piel. Me sequé con las manos temblorosas y aguanté mis ganas de llorar. Entonces, decidí pensar en mi hermano para no estar atenta a aquel trato como si fuera parte de un negocio de caballos, de mulas o de vacas. Estaba segura de que ni Juan ni mi madre habrían consentido aquello, y me vinieron a la memoria las palabras de mi padrastro:

—Juan, sabes que disponemos de esos duros para que hagas la mitad del servicio militar, de mil pesetas para librarte de que permanezcas más de diez meses e, incluso, podemos permitirnos inscribirte en la Armada donde todavía cabe la posibilidad de la redención en metálico. Pero no lo voy a hacer. Porque eso no te engrandecerá.

—Padre, dispone de esos duros, le suplico que no me haga aguardar lo que el destino me depara —insistió desesperado.

—Esto es una cuestión nacional, de gran trascendencia para una España poco segura de su unidad, y tú te debes como español. Hay que asumir las responsabilidades —decía él sin oír sus palabras y tratando de convencerle para no tomar otra decisión.

—Padre, a mí no me interesan esas cuestiones de las que habla. Es posible que en sus orígenes fuera así, pero ahora, en 1914, España ya no responde a esos principios a los que se refiere, y menos la gente de mi quinta.

—No puedes ser un cobarde, ya eres un hombre. Haces mal al no estar pensando como debieras.

—Señor, deme lo que necesito. No me hace falta ese honor que se me propone. Además, ¿ha visto usted la caricatura en el periódico sobre lo que simboliza nuestra gran nación desde hace tiempo? —dijo intentando cambiar la idea equivocada que tenía él sobre la situación de España, y creyendo que le convencería ridiculizándola para que le aportara el dinero.

—No, ¿a qué te refieres?

—A la viñeta cómica del periódico. Hay un dibujo de un león famélico que representa esa patria para la que quiere que entregue mi vida si hace falta. El león, curiosamente, se comía las migajas del festín que daban las grandes potencias como Gran Bretaña, Francia, Rusia o Alemania.

—Bueno, sí, a veces aparecen esas mamarrachadas para dar la impresión de habernos perdido, pero nuestra patria tiene que encontrar su lugar ante Europa y ante el mundo. Por eso debes ir y contribuir a que esto suceda —dijo manteniéndose fiel a sus palabras.

—¿Qué me dice usted? España perdió cuando otros ganaban, y ahora Marruecos es un problema, una sanguijuela que se ceba con los desheredados como yo.

—Debes ir y no tengo más que decirte —afirmó nuestro padrastro dándose la vuelta para coger su copa y recostarse en su sillón.

—Mi madre no lo hubiera permitido, tiene que redimirme de las desdichas que pueda depararme el azar —dijo desesperado ante la impotencia de sus actos.

—Tu madre, si viviera, haría lo mismo que yo. Estoy seguro —contestó de nuevo sin inmutarse ante sus palabras—. Vas a ir, no hay más que hablar.

—Mi madre hubiera tenido en cuenta que he llevado las cuentas del negocio familiar, que me he ocupado de los menesteres y responsabilidades, que ahora incluso mi hermana Martina puede tener buenos pretendientes gracias al negocio. Os lo suplico por última vez —dijo con rabia desesperada, casi gritando.

—No, Juan. Tengo la certeza de que si esas fiebres tifoideas no hubieran llevado a tu madre a la muerte, ella pensaría que debes honrar a la patria y a ella misma, es la manera de reconocer el triunfo de la lucha, y no seré yo el que te quite esa posibilidad —contestó casi sin inmutarse sacándose la copa de vino de los labios.

No insistió más, se marchó con paso ligero sin decir nada. Después de seguirle a través del corredor, le abracé como lo hubiera hecho mi madre, y sentí su dolor a través de sus ojos. Noté su corazón a través de mi camisa, como si hubiera corrido cientos de metros sin parar. No dijo nada, pero sus brazos estaban llenos de desesperanza y le temblaba la garganta. Comencé a oír un sonido desesperado como el de un niño, solo sus lamentos en aquel silencio controlado. Nunca había sentido llorar a mi hermano.

Aparté aquellos pensamientos y miré de nuevo esa urbe congestionada de riquezas y hechizada de deseos que me permitía respirar en medio de la basura inmunda, aunque todavía no sabía qué tipo de aire inhalaba mi cuerpo. Cogí toda la fuerza que tenía y llené mis pulmones de aire hasta percibir cómo entraba en mi cuerpo mimetizándose con ese olor a muchedumbre de aquella Barcelona a la que había elegido y por la que sentía miedo.

Entonces, mi cabeza volvió a aquel recibidor y a aquellos hombres que decían ser mi padre y mi futuro esposo. Y como si mis zapatos comenzaran a moverse solos, les pedí permiso para ayudar a traer más café. Me marché de aquel comedor y apresurándome a la pequeña oficina, donde Juan llevaba en tiempos las cuentas de la tienda, cerré con dos vueltas de llave y grité desconsolada. Mi hermano, la única familia que me quedaba, ya no estaba, solo aquel hombre al que llamábamos padre, con el que mi madre se había vuelto a casar para asegurarnos el futuro cuando murió el mío. Recuerdo que yací sobre la mesa con los brazos cruzados y recosté la cabeza sobre ellos. *Diario de un testigo de la guerra de África* fue mi único consuelo. Después, caí rendida y, al despertar, miré aquel papel mojado donde aún podía leerse el espanto que estaba causando el cólera en Marruecos. ¿Habría muerto mi hermano?, ¿tal vez estaría enfermo? Yo no quería correr la misma suerte con un marido que me repugnaba y un padre que simulaba serlo, a sabiendas de que para él yo solo era una carga. Fue en aquel instante cuando decidí coger mis cosas y marcharme de aquella casa con los pocos duros que tenía ahorrados. El miedo no podía paralizarme.

Sí, fue en aquel minuto cuando decidí venir a Barcelona, un lugar en la otra parte de mi mundo. Se contaba que llegaban gentes de todas partes, y así lo estaba comprobando. Allí vivían los prófugos, las prostitutas, los aventureros, los jugadores de ventaja y todo tipo de buscavidas. Decidí pasar inadvertida en aquel hervidero vestida de hombre y me corté el pelo por encima de las ore-

jas. Una vez cruzado el escalón de mi casa al mundo, fui un hombre. Era la única forma de protegerme del mundo que estaba afuera; me vino a la cabeza *El romance de la doncella guerrera* y, como si mis labios dispararan sin control, comencé a gritar la canción:

—«Un capitán sevillano, siete hijas le dio Dios... padre me voy a la guerra vestidita de varón».

Solo quise llevarme una pequeña bolsa de cuero, que me pertenecía, con mis cosas personales y la ropa que llevaba puesta de mi hermano. Era mayo de 1914 y, a pesar del mes, llovía. Yo no quise aceptar como mi hermano aquel sorteo para ver si el azar me regalaba algo distinto de lo que veía. El sorteo lo había jugado antes de la fecha señalada y el premio de aquel instante de decisión lo arrastraría toda la vida.

Y ahora estaba en aquella inmensa ciudad. No la adoraba, pero era parte de mi nueva vida. La vida que yo había escogido. Sabía que el pasado nunca me haría feliz, rompí con mis miedos porque si miraba atrás solo encontraba una vida que no quería, manejaría el cambio en otra dirección, aunque el camino no lo encontrara aún, pero ya había saltado. Y aún perdida, me senté en un recodo en medio de la calle con mi bolsa, y cogí un trozo de pan que llevaba dentro de una morralita, que había preparado en mi casa antes de marcharme, y comí. Después, me quedé dormida.